

POR CÓRDOBA Y SALTA

CONFERENCIA CON PROYECCIONES LUMINOSAS CON EL CONCURSO
DE LA SOCIEDAD FOTOGRÁFICA ARGENTINA (1)

POR JUAN B. AMBROSETTI

Señoras y caballeros:

Veinte y ocho años de vida de una institución intelectual como la Sociedad Científica Argentina, es un acontecimiento muy digno de tomarse en cuenta en un país nuevo como éste.

El significa que en nuestra sociabilidad tan calumniada bajo el punto de vista de la prosa mercantil, hay, para consuelo de pesimistas, y satisfacción de patriotas, fuerzas intelectuales importantes, las que, con recomendable desinterés é ideales elevados, se han impuesto la obra lenta pero segura del desarrollo científico argentino. Estos veinte y ocho años de vida han producido una larga serie de trabajos y publicaciones que nos honran dentro y fuera del país, y han contribuído á modificar profundamente la pésima opinión que de nosotros se ha tenido en las naciones europeas, hasta hace poco, á causa de las pintorescas descripciones de los viajeros que nos han curioseado, allá por los años 35 á 40, cuando aún los indios pampas vendían en el centro sus ponchos ó plumas de

(1) Debo hacer mención del importante concurso que ha prestado para esta conferencia, la Sociedad Fotográfica Argentina, y, especialmente, los señores Carlos R. Gallardo y Antonio Montes, autor este último, de los negativos de las vistas que desfilarán en el curso de esta conferencia.

avestruz, ó cruzaban la plaza Victoria las siluetas rojas de los soldados federales.

Convencido de esta obra patriótica, y con el cariño que siempre me ha inspirado la Sociedad Científica, no he podido negar mi modesto concurso á esta celebración.

Una vez más me presento ante vosotros para hablaros, como siempre, de algo nuestro, de las ciudades de Córdoba y Salta, las que visitaremos en un viaje rápido, apuntando de paso aquellas reflexiones que puedan sugerirnos sus principales monumentos, sus construcciones notables ó sus costumbres pintorescas, economizando el tiempo, tal cual conviene á los límites señalados para una conferencia.

Córdoba y Salta fueron las dos ciudades mediterráneas más importantes de su época: situadas sobre el antiguo camino real que á Buenos Aires unía con el Perú, y fundadas por esforzados y nobles conquistadores castellanos, desempeñaron un rol preponderante en el siglo pasado y á principios del actual.

Córdoba fué el foco intelectual que irradió su luz en la obscura noche colonial, creando una nobleza de la inteligencia que contrarrestara á la de sangre y espada.

Salta, encerrada en sus montañas, elaboró pacientemente esa raza de héroes que más tarde consiguió en lucha homérica, mantener por su sólo esfuerzo, el límite inviolable del suelo de la patria.

.

El viaje de Buenos Aires á Córdoba en ferrocarril es ya muy conocido. El tren nos conducirá con velocidad moderada á través de la inmensa pampa sembrada por doquier de estancias y pueblos, alternando su marcha con la reglamentaria parada en las estaciones.

De las costumbres de antaño algo siempre queda.

Una tropa de carretas cargadas hasta el tope, sobre sus altas ruedas de quebracho colorado, y arrastradas pesadamente á través de malos caminos, por los pacientes bueyes, pueden darnos todavía una idea, á pesar de los perfeccionamientos de su construcción moderna, de aquellas otras viejas tropas de carretas tucumanas, cargadas de suelas, ponchos puyos, pellones ó azúcar de pilón, que empleaban seis largos meses en su eterno viaje, lleno de zozobras y contratiempos, en el que la vida se jugaba á cada rato, en esta misma travesía de Buenos Aires á Córdoba.

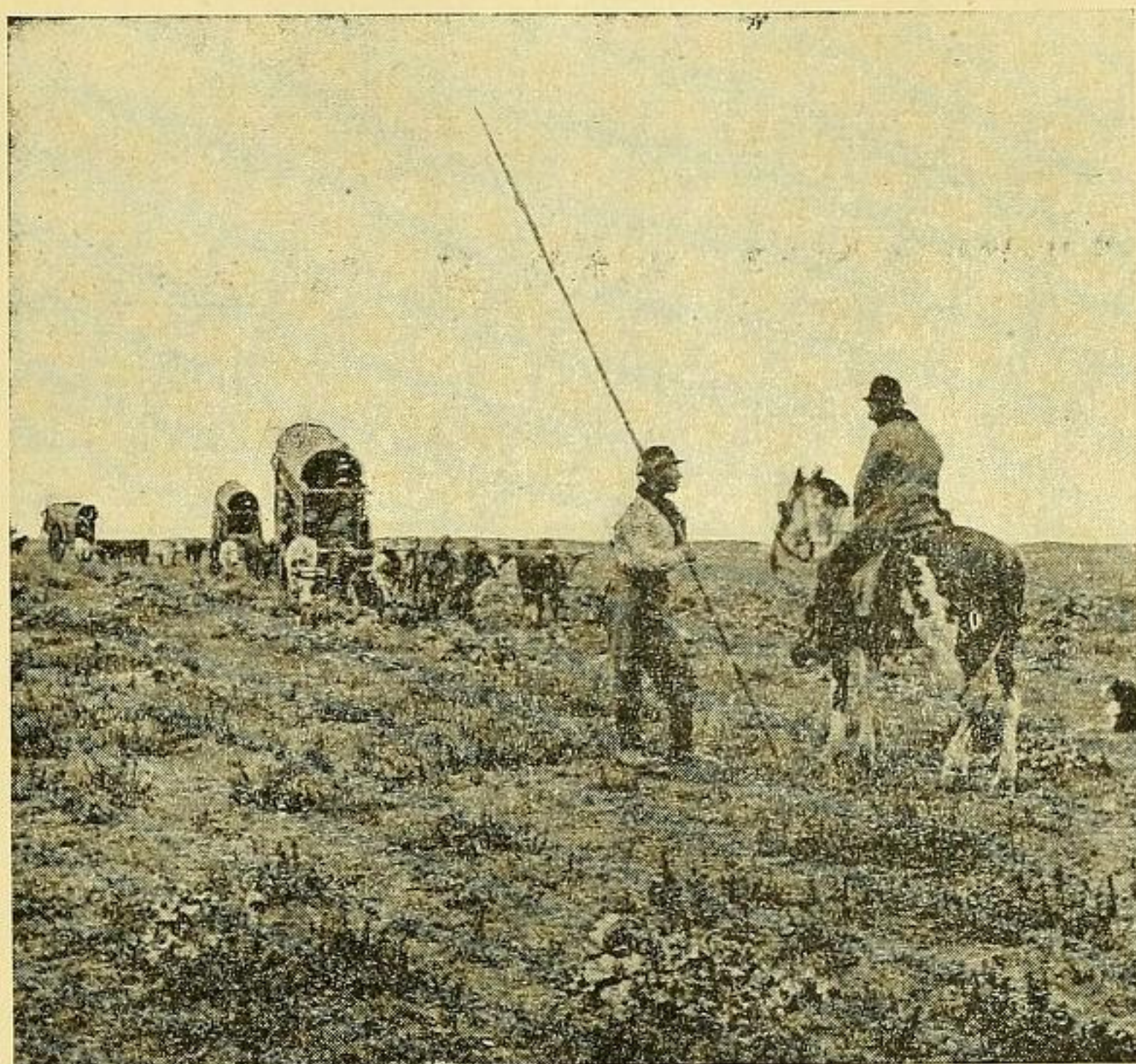


Fig. 1. — Entre Buenos Aires y Córdoba : Tropa de carretas

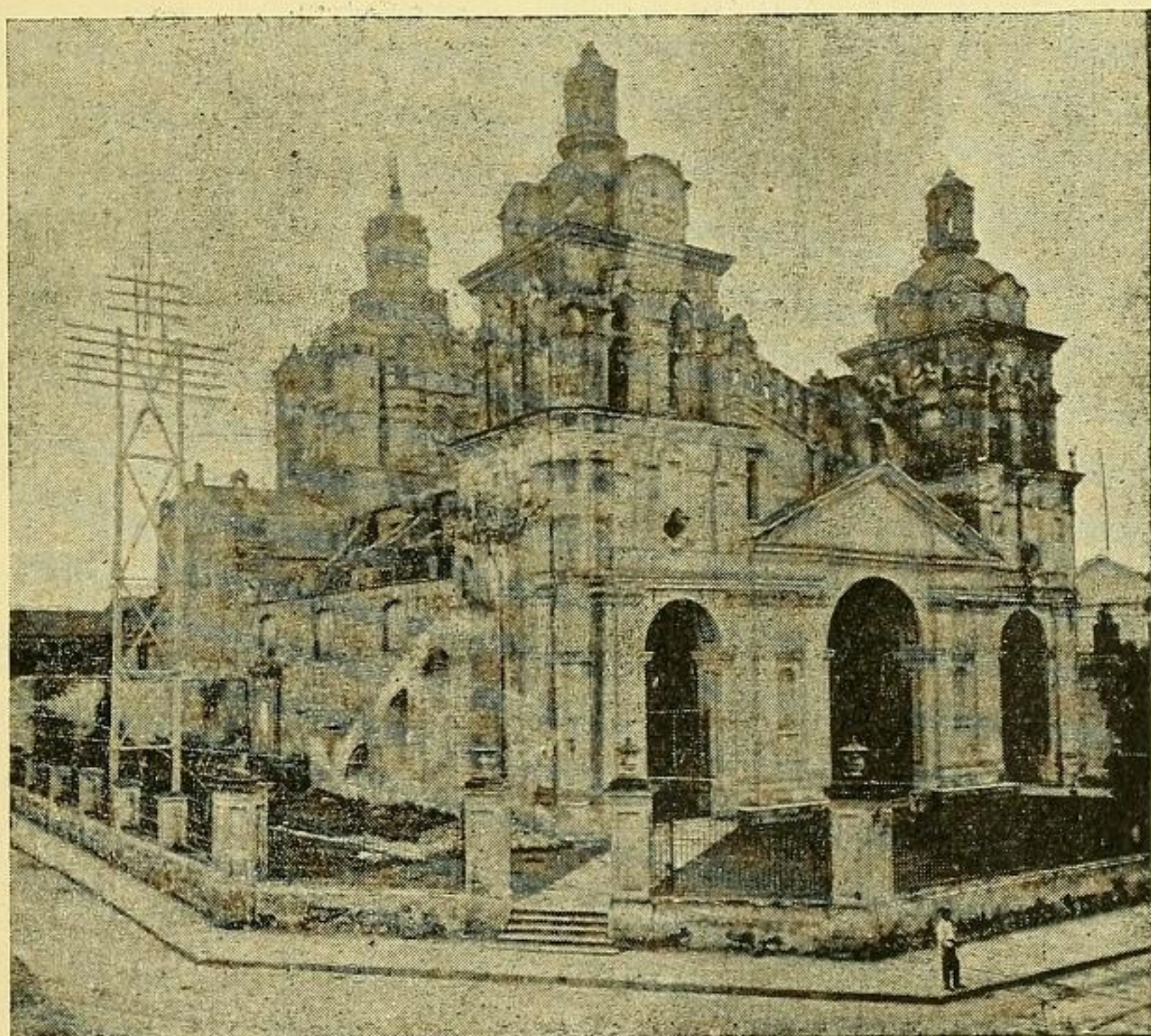


Fig. 2. — Córdoba : Catedral

Ya el indio con su alarido salvaje que hacía estremecer el pecho de los fuertes ante la amenaza del malón, ó el desgredado montonero con su trabuco lleno de recortados, ó el cuchillo enhastado en un palo á guisa de lanza, que vivía del asalto y del saqueo, ha mucho han sido sustituidos por el hombre trabajador y honrado, que en vez de manchar en sangre al más noble de los metales, el hierro, lo emplea con un fin más útil, haciendo brotar de la tierra generosa, que empapa con su sudor, el grano que en miles de toneladas, cruza los mares para poder llegar hasta los hogares del pobre, y llevarles el pan bendito á que la humanidad tiene derecho.

Los cuadros van sucediéndose desde la ventanilla del vagón, y por todas partes, esa vasta pampa, otrora salvaje y ya en pleno dominio de la civilización, se muestra fecunda y pródiga.

Millares de ganado de toda especie pastan en sus praderas inagotables, ó aplacan su sed en los innumerables arroyos ó lagunas que la surcan, y esta enorme riqueza animal, junto con los productos de la agricultura, no esperan más que la conquista de grandes y nuevos mercados, para que llevemos á cabo la gran conquista de los pueblos grandes: nuestra independencia económica.

¿Para qué demorar en el camino? La ruta es larga, y después de habernos detenido por un momento, en estas consideraciones sobre la Pampa, nos es forzoso ya, llegar á Córdoba. Y esta vieja ciudad del interior aparece allá, en una gran depresión del terreno, herizada de cúpulas y torres de sus numerosas iglesias y capillas.

Alguien ha llamado á Córdoba la Sevilla americana por sus iglesias suntuosas y por sus edificios coloniales.

Por lo primero quizá; pero en cuanto á lo segundo, si bien es cierto que aún quedan muchos que inspiran un sentimiento de cariño hacia lo pasado, en cambio otros, muchísimos, sufrieron ya los efectos de la piqueta, y sobre sus viejos cimientos se levantan hoy nuevos y modernos edificios, menos cómodos quizá que aquellos, pero más útiles y adecuados á las exigencias de la vida moderna, lo que es un consuelo para los que notamos invadir paso á paso al progreso, ese incansable guerrero que destruyendo la rutina, nos abre otros horizontes: los de la vida nueva.

La Catedral hiergue su gran mole de piedra en uno de los ángulos de la plaza principal del más interesante estilo hispano-colonial, nos habla bien claro del fervor religioso de la época en que se construyó.

Sus detalles algo toscos si se quiere, debido á la insuficiencia de los *maestros* (1) de entonces, le dan un carácter arcaico, y nos hacen mirar con el respeto que merece, este monumento, el más antiguo como esplendor arquitectónico que las generaciones pasadas levantaron en nuestro suelo.

En su interior pueden admirarse algunos buenos cuadros de la escuela española, una larga é interminable serie de retratos de todos los obispos que ocuparon esa diócesis, grandes y curiosísimos muebles de madera tallada, con incrustaciones, también obra de viejos *maestros* criollos, y un rico tesoro de objetos de orfebreíra de oro y plata macizos.

Sigamos nuestra rápida gira á través de la ciudad, y sin extrañarnos de encontrar á cada paso otro templo, pues ese es su carácter principal, notaremos con un poco de atención, en lo pequeño, el afán de modernizar lo viejo, rindiendo culto á la estética.

Las antiguas casas coloniales de gruesas paredes y frescos pero pesados techos de teja, de aspecto triste, y que derramaban, cuando llovía, sobre el desgraciado transeunte gruesos chorros de agua, que hacía inútil el uso del paraguas; han recibido un parapeto de ladrillo á lo largo del frente, que desde abajo les da apariencia de casas de azotea, ocultando los tejados desairados.

Sus calles son rectas y del ancho de las nuestras, todas pavimentadas, unas con adoquines de Río Cuarto, y otras, las más, con piedra rodada que en cantidades les ofrecé el Río Primero que corre á orillas de la ciudad.

En esta vista se nota, á la inversa del panorama anterior, el desnivel que hay entre la planta de la ciudad y las barrancas ó altos que la circundan. En esos altos se inició prematuramente, en la época de las grandezas (1888 á 1890), la edificación de otra nueva ciudad, Alta Córdoba. Hoy, de los muchos edificios que se construyeron, quedan numerosas ruinas como para decir al viajero:

Sic transit gloria mundis.

Hacia un extremo de la ciudad y cerca de la temible Cañada, que tantos malos ratos ha hecho pasar á los cordobeses, se encuentra el famoso paseo Sobremonte.

Es un sonriente lago artificial, que el desgraciado virey, cuya

(1) Así se denominaban y aún se denominan en el interior, á los que ejercen profesiones industriales, como albañiles, herreros, plateros, carpinteros, etc.

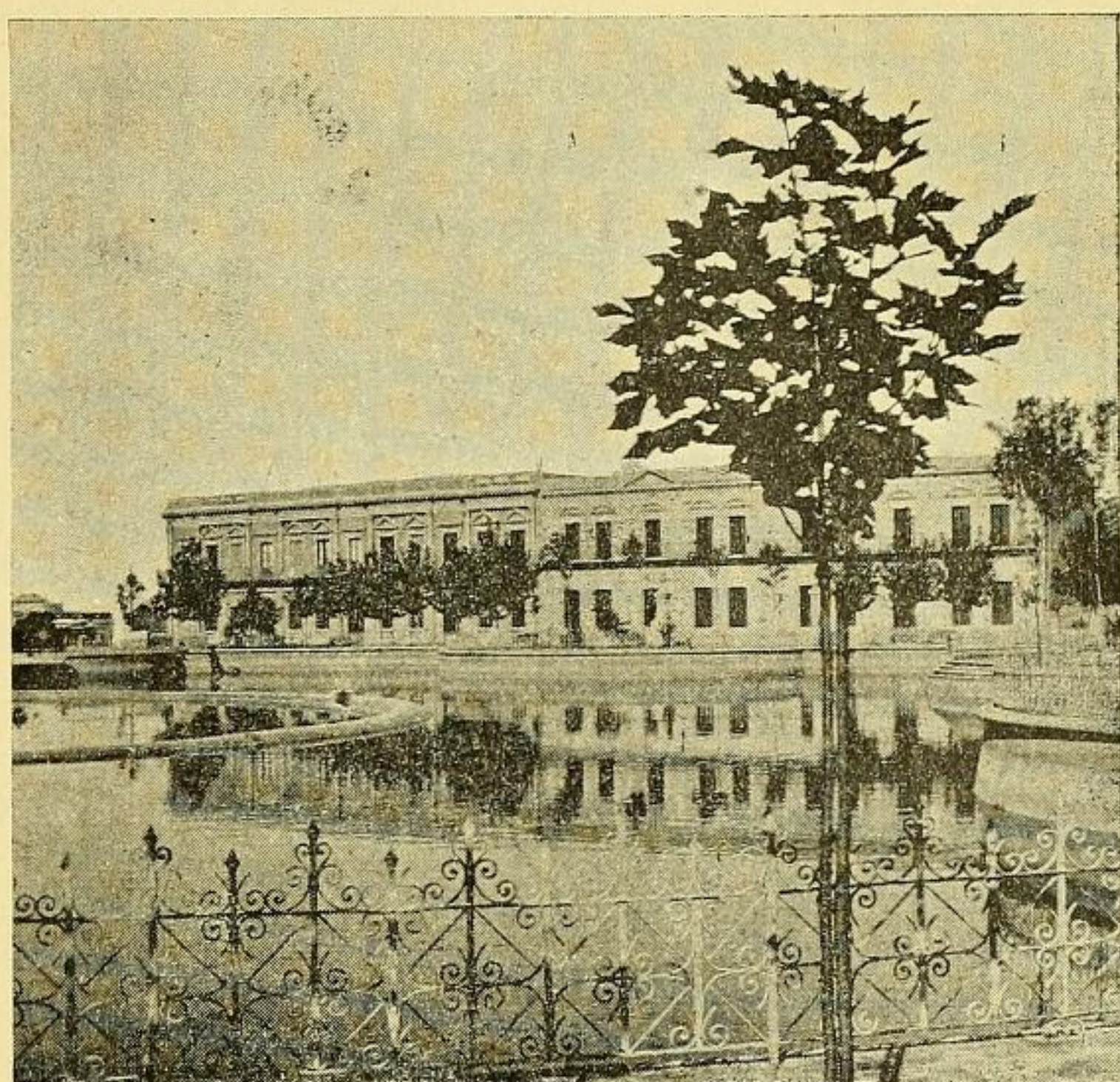


Fig. 3. — Córdoba : Paseo y lago Sobremonte

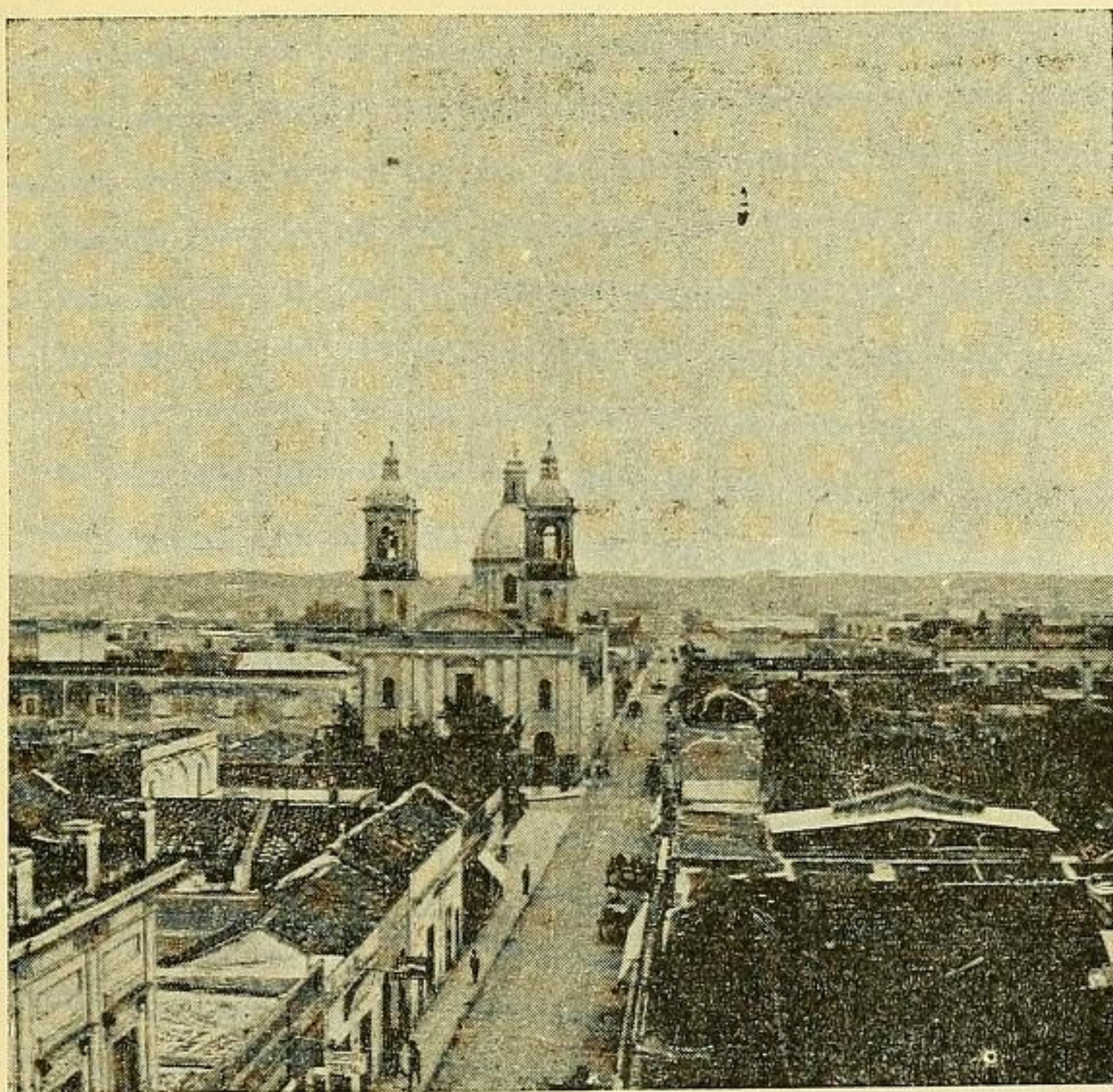


Fig. 4. — Córdoba : Calle y templo Santo Domingo

triste actuación en la primera invasión inglesa es de todos conocida, tuvo la feliz idea de mandar construir en su progresista y fecunda administración de la Intendencia de Córdoba.

Sobremonte se nos presenta, leyendo los anales de su época, como un hombre de espíritu cultivado, amante de lo bello y de lo bueno, y deseoso del progreso y bienestar de los pueblos que gobernaba y como personalmente era valiente, su huída de Buenos Aires, sólo puede explicarse por alguna curiosa coincidencia, entre el estado de ánimo en que pudo haberlo predispuesto el dramón que estaba oyendo en la comedia, y la sorpresa causada por la intempestiva noticia del desembarco inglés, recibida allí mismo *sotto voce*.

Sus defensores, que son muchos, sostienen, en cambio, que su viaje precipitado sólo tuvo por objeto volver á su antiguo centro de operaciones, y levantar allí un ejército para reconquistar la plaza perdida.

De cualquier modo, Córdoba le debe muchos adelantos, y agradecida, no sólo ha dado su nombre á este paseo y á los baños contiguos, sino también á todo un departamento.

Volviendo al centro de la ciudad, forzoso es detenernos ante la vieja Universidad Mayor de San Carlos, creada como colegio en 1613 por el notable obispo franciscano, fray Hernando de Trejo y Sanabria, y que el Papa Gregorio XV, seis años después, erigía en universidad.

La fama de esta universidad, la más importante en Sud-América, después de la de Lima, pasó las fronteras, y ese establecimiento foco intelectual en aquellas épocas de marasmo y estancamiento, valióle á Córdoba el título de docta.

Bajo la pesada bóveda de sus fríos claustros, paseáronse muchas generaciones de hombres, más tarde eminentes, sometidos á la férrea disciplina de la teología, la escolástica y el latín, y de allí salieron hablando un idioma muerto es cierto, pero que por entonces equivalía como bagaje intelectual al francés moderno, pues él les permitía leer las pocas obras de ciencia que corrían impresas entonces, y, sobre todo á los clásicos, que en el fondo son en su mayor parte historia. Y en esos libros que fácilmente podían penetrar al país, los espíritus selectos cosecharon enseñanzas que más tarde y en contacto con los principios sublimes de la Revolución francesa, fijaron los rumbos de nuestra augusta democracia.

A espaldas de la Universidad, y sobre el Boulevard General Paz,

que equivale por su traza á nuestra calle Callao, y como contraste de dos épocas, en bello estilo, levanta su fachada majestuosa la Academia Nacional de Ciencias.

Aquí los viejos libros de tapas de pergamino han desaparecido, y su lugar ha sido ocupado por otros nuevos que tratan de la última palabra de la ciencia. En sus salones espaciosos, llenos de luz, están instalados museos y laboratorios, en los que no sólo se estudian los productos de nuestro suelo, y se clasifican científicamente, sino también se repiten á diario los experimentos y los análisis modernos que la física y la química renuevan constantemente, para adelanto y bien de la humanidad.

Esta obra de progreso eminentemente nacional, que hoy enriquece á la ciudad de Córdoba, lo mismo que su Observatorio Astronómico y Meteorológico, son obras de aquel gran argentino que batalló toda su vida por el adelanto intelectual de nuestro suelo: Sarmiento, cuya estatua que nos lo represente tal cual ha sido y con sus rasgos geniales de viejo luchador, aún no ha sido inaugurada.

Allá en el fondo de la calle se eleva el monumento de nuestro codificador, el ilustre compañero y colaborador de Sarmiento, el doctor Vélez Sarsfield.

Como un homenaje á su memoria recordemos aquí que á él se debe la iniciativa de nuestra gran red telegráfica en el interior de la República, primer jalón en la gran obra de la unidad nacional.

En el otro extremo de la calle ancha se levanta en el centro de una gran plaza el monumento ecuestre del general Paz.

Este digno homenaje al sereno vencedor de Oncativo y la Tablada, á cuyos campos parece mirar el héroe, es más bien que un tributo á su figuración política en la guerra civil, un símbolo del triunfo de la civilización contra la barbarie, contra esa barbarie ya felizmente estirpada de nuestro suelo, pero cuya primer derrota fué la obra del glorioso manco, quien hizo morder el polvo que habían levantado las cascos de sus brutos, á las feroces huestes melenudas del tigre de los llanos.

La táctica de Paz representa la luz de la ciencia, y en esa lucha titánica, vemos como se abre paso entre los girones de la bandera negra del caudillo, símbolo de la ignorancia, y de un pasado que felizmente ya no volverá.

De las costumbres pintorescas, que tanto buscan los viajeros,

nada se encuentra ya, ni en el mercado, lugar donde principalmente pueden observarse; y es que Córdoba se transforma.

Cinco vías férreas surcan el territorio de la provincia, y la colonización extranjera cunde rápidamente como una prolongación sin solución de continuidad de la de Santa Fe.

El oeste y el sud de Córdoba sienten más su influencia, y en esa región hay ya 180 colonias pobladas, con 57.600 almas, y cuyo producto el año anterior fué de 8 millones de quintales de trigo y 600.000 de lino, mientras que la riqueza ganadera de las mismas es de 300.000 cabezas de ganado mayor.

Estas cifras hablan bien alto, y esperemos que pronto se redoblen.

No debemos partir de Córdoba sin hacer una rápida visita á la obra moderna más importante que nos ofrece: el dique de San Roque.

Este embalse de 260 millones de metros cúbicos de agua, se ha conseguido gracias al gran murallón de 51 metros de altura por igual número de espesor en su base, y con un ancho abajo de 30 metros y 135 en el nivel superior, representando en su conjunto un total de 50 mil metros cúbicos de mampostería.

Esta obra se complementa con otras, como ser el dique distribuidor de Mal Paso, y los dos canales maestros de irrigación, el del norte de 25 kilómetros con 11 acueductos, y el del sur de 37 kilómetros con 20 acueductos.

Este conjunto colosal de obras verdaderamente romanas, puede regar fácilmente 50.000 hectáreas de tierra.

He aquí las obras que es de desear se multipliquen en el interior de la República, donde el problema del agua es vital.

Desgraciadamente causas múltiples, han impedido hasta ahora, continuar imitando á los Estados Unidos, esos maestros en obras de embalse é irrigación, que con sus brillantes audacias científicas, han sabido dominar al más formidable de los elementos, transformándolo de destructor en creador de campañas fecundas.

Mucho aún habría que decir de Córdoba y de su porvenir, pero sin tiempo para más, hagamos constar, que no tardará en operarse en ella una transformación que la convertirá en un gran emporio industrial.

Gracias á la feliz disposición de sus corrientes de agua, se han empezado á aprovechar ya en el sentido de utilizar su fuerza motriz, por empresas importantes, como la de luz y fuerza eléctrica.

ca de Casabamba, y las fábricas en construcción de carburo de calcio.

De los ríos cordobeses que corren entre espléndidas quebradas, la naturaleza devolverá en breve al hombre, bajo las dos formas de electricidad y de acetileno, las enormes reservas de fuerzas que guarda en su seno,—fuerzas que empezadas recién á utilizaren este fin de siglo, revolucionarán la faz económica del mundo en el siglo xx; el cual si bien hallará muy agotado el carbón de piedra, cuyo consumo vamos extremando con el desarrollo violento de la industria y los transportes marítimos y terrestres, —le habremos legado en cambio nuevas y más económicas fuerzas, y con ellas mayores facilidades de movimiento y mayor bienestar.

Sigamos nuestro viaje á Salta. La vía del Ferrocarril Central Norte casi paralela al antiguo camino del Perú, ha seguido con pocas variantes la ruta de las viejas carretas.

Estas ya no viajan por largo trecho, pero conservándose aún, sirven hoy de intermediarias en el transporte de frutos del país entre los pueblitos y estancias, y las estaciones.

Cuando se compara el contraste que ofrecen estos dos extremos de locomoción terrestre, no se puede menos que asombrar al reconstruir mentalmente el enorme trabajo y los miles de años que ha necesitado el cerebro del hombre para poder transformar la carreta de los pueblos primitivos, en la veloz locomotora, la que animada por el carbón que puede cargar una de aquellas, le basta para arrastrar un ciento de carretas cargadas, y trasponer en una hora, el viaje de todo un día, sin contratiempos, al lento paso del buey.

La vegetación de los campos que recorremos, se presenta muy variada, destacándose de las especies comunes del monte, curiosísimos ejemplares de tunas de formas diversas, primeros representantes de esa gran familia de cácteas que cubren inmensas regiones en el norte y oeste de la República, arraigando entre las piedras y disminuyendo el número de su original ramazón, á medida que la aridez del suelo y la sequedad del aire aumentan.

Á pesar de sus muchas espinas y de su aspecto poco simpático, estas especies de árboles, prestan grandísima utilidad como alimento del ganado, que las come con avidez cuando el pasto desaparece, ó cuando el agua falta, pues sus pencas carnudas y jugosas, le bastan para apagar su sed y sostenerse en los meses de extrema sequía.

Estas plantas nos demuestran una de las formas más interesantes de la adaptación al medio, en la lucha por la vida ; pues donde otros vegetales no pueden vivir por falta de agua, y donde el aire reseco momifica las carnes, sus gruesas hojas siempre verdes saben extraer y almacenar de ese mismo aire, la humedad necesaria para su vida, humedad tan mínima que el higrómetro no alcanza á señalar.

Ya empezamos á distinguir las sierras cordobesas, y el tren corre por un gran trecho entre ellas, que ostentan sus flancos cubiertos de vegetación.

Para el que nunca haya salido de Buenos Aires, la vista de esas grandes moles de piedra que parecen elevarse al infinito, causa una impresión de alegre curiosidad. Por lo demás, el paisaje es demasiado bello para no admirarlo. Pero para el que deba viajar por éstas ó por otras durante algunos meses, como tantas veces nos ha sucedido, esta vanguardia del sistema montañoso de la República abrumba, y, previendo todos los largos días de marcha entre cerros y quebradas, ó los interminables faldeos, siempre al paso invariable de la mula, con frío, viento ó nieve, esas sierras que se contemplan con tanta comodidad desde el asiento del vagón, pesan sobre el alma, y hacen sentir la nostalgia de la Pampa de inacabable horizonte, que ya queda muy atrás.

Mas como todo tiene su compensación en la vida, las sierras devuelven en salud, los malos ratos que ocasionan, y éstas cordobesas sobre todo, cuya altura moderada y posición envidiable, parecen destinarlas á mitigar uno de los males que más dolores causa á la humanidad : la tuberculosis.

Aunque un poco tarde, al fin hemos empezado á aprovechar del bien que estas sierras nos brindan, y hagamos votos para que ese primer sanatorio que se acaba de fundar, sea el inicial de una larga serie, donde los desgraciados que se ahogan con los pulmones enfermos, dentro de la pesada atmósfera de las ciudades, tengan siquiera la facilidad de insuflarlos con aire puro que cicatrice sus heridas y devuelva al organismo la vida, por la cual se debaten desesperados.

En cualquiera de las estaciones un alegre grupo de cabras nos hará olvidar estos comentarios.

Este animal empieza á ser aquí el sustituto de la oveja.

La cabra es la providencia del pobre ; animal busca vida como es, y dotado de su agilidad proverbial, come de todo, hallando su

alimento en los riscos más empinados, al borde de los precipicios, en los faldeos más rápidos, en las grietas de las peñas, es animal de montaña; sus sólidos dientes aprovechan todo lo que pueda proporcionar alimento, aún escasamente, brotes, hojas, ramas, raíces, cortezas, troncos y espinas; todo es roído, pulverizado y tragado por estos simpáticos pero dañinos animalitos, que sólo pueden tolerarse donde nada hay que cuidar.

Al caer la tarde se cruzan las grandes salinas de Totoralejos. La hora poco propicia impide sacar fotografías de esa región; nada se pierde, es una inmensa extensión blanca, sobre la cual rebervera la luz del sol, produciendo la impresión de un mar. De noche, cuando la luna le ilumina con su tinte tétrico, el mar se convierte en sudario, sudario que ha cubierto con su albo manto salino á muchos desgraciados, que en otros tiempos se han perdido ó muerto de sed, en esa horrible y blanca travesía.

Hasta Tucumán, donde se llega á la madrugada, nada se ve.

Como nuestro viaje es directo, forzoso no es permanecer en la estación, y esto nos impide visitar la ciudad de los naranjos y jazmines, que tan bellas páginas inspiró á Sarmiento.

En breve el tren vuelve á ponerse en marcha, siempre con rumbo norte.

El trayecto de Tucumán á Salta es mucho más pintoresco, y la vía ofrece mayores obras de arte que el que acabamos de recorrer.

Pero nada iguala al túnel y viaducto del Saladillo, los primeros construídos en el país.

Estas obras que tantos cientos de miles de pesos cuestan á la nación, fueron muy discutidas en su tiempo y hasta se temió sobre su estabilidad y duración.

Han pasado cerca de veinte años y felizmente esos temores han desaparecido: las obras están allí, resistiendo como nuevas á la acción del tiempo y del tráfico.

El túnel del cual el tren acaba de salir, tiene doscientos metros de largo.

Todo su interior está revestido con ladrillo de máquina, y en su seno, al pasar, la luz eléctrica de los coches, que se enciende, juguetea en las paredes de un modo raro y fantástico, mientras invade el humo de la máquina, encajonado, penetrando desagradablemente al menor descuido, por boca y narices.

El tren al salir del túnel, poco después de una curva, rueda por sobre el célebre viaducto de 320 metros de largo y una altura que

varía entre 13 y 17 metros, según el desnivel que ofrece la cuenca del Saladillo que atraviesa.

Para que puedan figurarse mejor el sentimiento de angustia ó desconfianza que se experimenta al pasar por allí la primera vez, imagínense ustedes un angosto puente de ladrillos, de altura más ó menos igual á una de las casas de la Avenida de Mayo, sobre el cual tiene uno que pasar — con toda comodidad, es cierto, — pero con la facilidad que ofrece la ventanilla para mirar hacia abajo.

Este viaducto representa una masa de 18.000 metros cúbicos de mampostería ; la mayor parte de la cual no se ve por estar en los cimientos.

Casi en el centro y á un costado, se eleva desde el bajo un enorme árbol de tipa, cuya altura sobrepasa de más de un tercio de este viaducto.

Es un digno *pendant* el que la obra humana ha hecho á la naturaleza. Por una rara casualidad, este representante de las selvas tucumanas, nacido allí y respetado por los hombres — cosa rara entre nosotros que desgraciadamente no tenemos el culto del árbol, — esta tipa hermosa se ha convertido en un objeto de curiosidad, y hace el auto reclame de su especie.

Todo el que pasa por allí, menciona este árbol, y si es por segunda vez, lo busca y vuelve á mirarlo sonriendo con el cariño que inspira siempre el encuentro de un viejo amigo.

Gracias á los inteligentes esfuerzos en pro de la flora argentina, que constantemente hace nuestro distinguido director de paseos, doctor Thays, esta gran metrópoli cuenta ya, entre sus árboles de adorno, con muchísimos ejemplares de esta bella especie.

Tapia, Vipos, Trancas y un gran número de estaciones se suceden. Los pueblos quedan generalmente poco retirados de ellas, y todas son más ó menos iguales. En estas se notan siempre movimiento ; pero en otras, como en la que vemos aquí, que sólo tienen por objeto prestar servicios al tráfico del tren, y alguno á la escasa población de los alrededores, el tiempo transcurre para los empleados con una monotonía abrumadora. Así se comprende que la llegada de un convoy, sea para ellos un acontecimiento, pues fuera de ese momento no tienen más misión que hartarse con la lectura de novelas, ó de todos los diarios ó periódicos que puedan conseguir, á no ser que distraigan su tiempo con algunas raras visitas de los alrededores, ó se resignen á filosofar, como parecen enseñarles estos animalitos, infaltables por estas alturas, y en todas

partes, verdaderos amigos y compañeros del hombre, á quien prestan los mayores servicios. Impagables servicios en todas las épocas, desde sus tiernos años solaz de los muchachos, que hacen con ellos lo que quieren, hasta al entregar su cuerpo viejo pero gordo, á la industria casera que mezclándolo con jume lo transforma en jabón.

Este noble animal que tiene la sabiduría de conformarse con su suerte, y da el ejemplo de saberse buscar la vida en medio de las mayores apreturas, tiene una página honrosa en los anales de nuestras calamidades políticas, aún poco conocidas (1860 á 1868). Él ha prestado su contingente de carne, y con ella se han librado del hambre miles de personas, quienes por no poderse entender, muy á pesar suyo, con tirios ni troyanos, se refugiaban en los cerros, esperando una paz que tardaba en llegar.

El ferrocarril ha suprimido ya todo eso, y con su penacho blanco, para bien del país y su completa tranquilidad, cruza veloz las pampas y los montes, atraviesa los ríos y los cerros, lanzando su grito de triunfo en las antiguas guaridas de los bárbaros caudillos, anunciando por todas partes la civilización y el progreso, que ya no se detienen, porque están muy arriba de todas las miserias y pequeñeces.

Sin distraernos ya más, penetremos en la quebrada del Mojotoro. Aquí el río pasa rugiendo sordamente, lamiendo la base de los cerros que lo estrechan, y haciendo entrechocar las infinitas piedras de su lecho, cuyo número aumenta con las que arrastra desde lejos, en cada una de sus bravísimas crecientes, que bramando barren cuanto se opone á su paso desenfrenado. El ferrocarril sigue como una serpiente, culebreando por un camino abierto en el flanco del cerro, en la roca viva que ha sido necesario hacer volar á fuerza de barrenos de dinamita.

Sus despojos han servido para asegurar y aumentar el talud que sostiene este camino, defendido además por una serie de espolones de mampostería de piedra, y reparos de ramazón y pirca ó fagina, destinados todos á desviar el agua, evitar su choque ó amortiguar el efecto de esos tremendos blocs-arietes que el agua arrastra con furia.

Un túnel más y llegaremos á Salta.

La vieja ciudad de Lerma, está situada en la cabecera norte del valle de este nombre, y al pie del Cerro de San Bernardo.

Fundada en 1582 para contener á los bravos indios calchaquies,

por el turbulento é inquieto gobernador de Tucumán, el licenciado Hernando de Lerma, á pesar de la gran oposición que tuvo por parte de los Cabildos y autoridades eclesiásticas que lo combatían, y de la protesta de las otras ciudades, principalmente Córdoba, que no podían ver con buenos ojos la extracción de vecinos que vinieron á poblarla, esta ciudad vivió y siguió creciendo hasta llegar á ser en su época, la segunda en importancia de todo el antiguo Tucumán.

Conquistadores que se hicieron famosos en las guerras del Perú, esforzados capitanes de las campañas calchaquíes, licenciados y doctores de nota, é hidalgos de nobilísima alcurnia, venidos de España por los puertos del Pacífico, ó vástagos de familias de Lima, Cuzco y Charcas, fueron estableciéndose en esta ciudad, en los dos siglos que siguieron á su fundación. Formaron así el núcleo de sus familias principales, las que multiplicándose se ramificaron por el resto de la gobernación del Tucumán — hoy todas las provincias del interior, desde Córdoba al norte — y dieron lustre con su alta prosapia, á la sociabilidad de aquella región de nuestro suelo.

Las guerras de Calchaquí y la de los indios del Chaco, su falta de universidad, y los difíciles caminos que unían á Salta con el Perú, con Chile y con las demás ciudades del Tucumán, templaron el valor de sus hijos en los trabajos, luchas y dificultades de una vida llena de movimiento y agitación, y de ahí, como producto lógico, la proverbial bravura de los salteños, cuya síntesis se encarna en una figura histórica : Güemes.

Salta fué siempre un gran emporio comercial.

En la época de la conquista veía desfilas constantemente por sus calles, las grandes arrias que conducían los tesoros de Potosí, de paso para Buenos Aires, y entonces mantenía con el alto Perú un fuerte intercambio de productos.

La larga guerra de la independencia entorpeció en gran parte y por mucho tiempo este tráfico.

Más tarde, cuando las vías comerciales de Bolivia eran otras, y los distritos mineros del Pacífico : de Chañarcillo, Caracoles y después Huanchaca, desbordaban de plata, Salta recuperó su importancia comercial.

Arreos considerables de hacienda vacuna y lanar se exportaban de sus campos ó de las provincias vecinas. Tropas de mulas y burros se negociaban en las célebres ferias de Sumalao, Jujuy y Huarí ; destinadas á los minerales ; y 50.000 mulas cargueras trafica-

ban sin cesar, por los caminos de las quebradas del Toro y Humahuaca, con las mercaderías de tránsito que Salta recibía y despachaba á las Repúblicas del norte.

Este continuo movimiento aportaba á la ciudad de Lerma una entrada constante de sonantes monedas, y, á falta de éstas, de gruesas barras de plata piña.

Como un recuerdo de tanto bienestar y riqueza, quedan sus templos, de los más grandes y fastuosos que posee la República.

Los principales son de construcción moderna, ó sus frentes han sido reedificados en un estilo pintoresco, debido á la influencia de un fraile franciscano que tenía la manía arquitectónica.

Esta es la Catedral, vasta construcción de tres naves, cuyo interior supera en mucho como majestad de líneas, al frente.

En ella se venera la famosa imagen del Señor de los Milagros ó de los temblores; artística imagen en madera, del siglo xvii, y de la escuela española, enviada por el obispo Victoria, el enemigo de Lerma, cuya tradición es conocida.

Las fiestas religiosas de que es objeto esta imagen en el mes de septiembre, superan en imponentia y esplendor á cuantas se hacen, del mismo carácter en toda la República. También se conserva aquí la cruz de Castañares.

La edificación de la ciudad es en su mayor parte antigua, pero de solidez indiscutible.

El modernismo también va invadiendo los viejos hogares con menos intensidad que en otras partes, pero ya ha abierto bastantes brechas.

En la edificación antigua de Salta se nota mayor lujo, si se quiere, y menor deseo de sustraerse á la vida exterior.

Aquí las casas de alto abundan, y los frentes presentan mayor cantidad de puertas, ventanas y balcones; todo lo contrario de lo que sucede en Córdoba, en que las casas señoriales reservaban para el interior todos los lujos, mostrando al exterior sólo una gran portada flanqueada por dos grandes paredones lisos.

Esta fué en su tiempo una casa principal, situada en la plaza. Lo primero que se nota es la pequeñez de los balcones, pero hay que tener en cuenta, que el fierro que servía para las rejas, había que traerlo de España y trasportarlo después en carretas la distancia poco despreciable de 400 leguas; de manera que este *hierro vizcaíno*, como se le llamaba entonces, era un artículo que resultaba muy raro, y, por lo tanto, su empleo debía ser forzosamente moderado.

Después de la batalla de Salta, en esta casa fué alojado como prisionero el general Tristán. Años después, fué también ocupada por el general Valdez, cuando sorprendió la ciudad en aquella aciaga noche, en que el valiente Güemes recibió el balazo fatal que dos días después debía concluir su heroica y desinteresada misión, felizmente recogida por sus compañeros y terminada á las órdenes del casi olvidado y benémerito coronel Vidt.

En el frente de la plaza opuesto á la Catedral, aún se conserva el viejo cabildo de maciza construcción y del mismo carácter que todos los edificios análogos de su época.

Su torre es baja, posee un reloj que siempre anda mal, y el todo está coronado por un ángel arcaico de fierro á guisa de veleta.

Este monumento de los tiempos pasados, en cuyos salones se reunieron tantos graves hombres de vara alta «á toque de campana tañida, para tratar y conferir las cosas pertenecientes al pro y útil de esta república», como reza en el encabezamiento de todas las vetustas actas, y que después, durante muchos años, fué residencia del gobierno, hoy por una de esas veleidades del destino, está convertido en prosaico hotel de segundo orden, mientras el gobierno que lo vendió para edificar un nuevo palacio, tiene que alquilar casa, pues aquel ha quedado á medio hacer :

Cosas de nuestros tiempos !

Si queremos observar costumbres, vamos al mercado, vasta construcción de tejas, y emporio principal del pequeño comercio.

Fuera de los puestos de carne todos los demás son atendidos por mujeres, y ellas son las que venden esos mil productos de la industria casera, que por esas provincias es uno de los principales medios de vida que tiene la pobre gente.

Las que viven en las afueras usan sombrero de hombre, costumbre arraigadísima, extendida por toda la campaña, con la particularidad de que al entrar á la iglesia se lo sacan, con el mismo respeto que el sexo barbudo.

El uso del sombrero entre las mujeres de la campaña de Salta, tiene su razón de ser, pues en muchos lugares el frío lo obliga y el aire seco en otros, haría arripiar el pelo sino se le proveyese de esa prosaica protección.

El sombrero más común es de fabricación criolla, de lana de oveja, y por eso se les llama por allí ovejunos.

Los que se dedican á su fabricación son principalmente habi-

tantes de los valles calchaquies, siendo sus talleres escasos de utensilios, y estos mismos, bien primitivos por cierto. A pesar de todo, su precio es muy bajo, lo que les permite competir con los de fabricación moderna. El pobrerío consume anualmente en las provincias del norte, unos 30.000 de estos sombreros.

Todos los medios de locomoción criolla se hallan en este mercado: caballos, mulas y burritos. Estos últimos son empleados principalmente por los muchachos, que allí como en todas partes, hacen lo que quieren con ellos, gracias á su mansedumbre ejemplar, curtida á fuerza de palos, rebencazos y cuanta herejía puede inventar la impaciencia infantil, que nunca sabe andar despacio.

De este tratamiento, los pobres animales sacan á veces lastimaduras y heridas que no curadas á tiempo, se transforman en mutilaciones, como le ha sucedido á uno de los que vemos por aquí, al cual han desprovisto del adorno natural que ostentan con tanto orgullo, las orejas.

En este mercado se da también de comer á la gente trabajadora en una serie de cocinas instaladas en un kiosko central.

Y más de un bizarro gaucho, montado en briosa y guapa mula, que ya no se espanta del guardamonte clásico, al llegar á la ciudad, después de haber terminado sus quehaceres, y antes de volver á ponerse en marcha, viene al mercado.

Y allí, como cualquiera de nosotros en el Café de París, se entrega á las ardientes fruiciones de un plato de picante de patas y librillo rojo de ají, que para ser bueno tiene que picar tanto, que el que lo come, á la fuerza debe sazonarlo con sus lágrimas.

Todo este fuego hay que apagarlo con algún líquido, pero el caso está previsto, y en otro de los frentes puede nuestro hombre libar unos cuantos yuros de sabrosa chicha de maíz, ó de efervescente aloja de algarrobo, que donosas vendedoras de extramuros ó chicheras como allí les llaman, ofrecen y comparten con estos galanes de tierra adentro, quienes por serlo más, apuran litro sobre litro en tan grata compañía.

Estos son los hombres de la famosa caballería del norte, á la que bien podría llamarse, caballería de montaña.

Gente fuerte, robusta, fornida, sobrios al extremo, cuando es necesario, trabajadores incansables y ginetes de primer orden que tanto les da montar un potro ó domar una mula, como andar días enteros á pie y mostrando la misma sangre fría y destreza, cuando solos enlazan un toro bravo entre la maraña intrincada de un ce-

bilar, que corriendo un burro alzado por los filos de los cerros ó al borde de los abismos.

Felizmente esta raza viril no desaparece, es un producto de ese suelo privilegiado en el que la naturaleza se ha entretenido en prodigar riquezas, en medio del lujo más estupendo de cerros y montañas.

Los ranchos de los alrededores son muy parecidos entre sí. Del adobón de barro, secado simplemente al sol, hacen las paredes y el techo de ramas y paja, lo cubren de una gran capa de barro lo que allí llaman torta, y como pocas veces llueve, se conservan indefinidamente.

En estos ranchos no falta nunca el mortero para pisar el maíz del loco, y que también sirve de silla; y las grandes ollas de barro, de formas iguales á las de los antiguos indios, de múltiple uso también, sirven para fabricar la famosa chicha, el jabón ó las velas, debiéndose á esto el que se les llame comunmente *veleros*.

En esta figura se ve también el modo característico que tienen allí las mujeres, de cargar los hijos, y si bien parece curioso y raro, tiene su razón de ser.

Cargando así, á la espalda, es mucho más fácil poder andar subiéndolo en los cerros, y las mujeres tienen de este modo las manos libres para poder hilar, lo que hacen constantemente, pues gracias á eso la gente pobre tiene como vestirse.

A orillas de la ciudad y al pie del Cerro de San Bernardo se halla el Monasterio del mismo nombre.

Nuestra visita coincide con la salida de una procesión.

Este Convento es uno de los más antiguos que tiene Salta, y su historia registra muchos hechos de las épocas difíciles, en las que sirvió de inviolable refugio á personas perseguidas.

El mal gusto actual ha remodelado su frente arcaico, lo que es sensible; pero á pesar de todo conserva aún algunos de los rasgos primitivos de su arquitectura y otros detalles interesantes, entre ellos la puerta lateral de madera toda tallada.

El sentimiento religioso está profundamente arraigado en Salta, y esto se comprende, cuando se observa que la población blanca se ha mezclado muy poco, y se conserva en sus rasgos físicos y en sus costumbres completamente españolas.

Los conquistadores del norte de la República, vinieron todos del Perú, y de allí trajeron en su mayor parte, sus respectivas familias, empezando desde el primer día á vivir como señores feudales, sin

más contacto con los indios que les servían, que el que podía tener el señor con sus siervos.

Por otra parte, la proverbial fealdad de las indias calchaquíes, debe haber contribuído mucho, en honor de la verdad, á aumentar este alejamiento que ha dado por resultado el hermoso tipo salteño culto, cuyos representantes femeninos han sugerido con su tez blanca, y sus grandes ojos negros, tan bellas páginas á viajeros ilustres, como Mantegazza y otros.

Con su altísimo campanario de 70 metros de elevación, se destaca entre las casas y los cerros que rodean á la ciudad, el espléndido templo del convento de San Francisco y al mismo tiempo colegio de misioneros. Pertenece á la congregación de la « propaganda fide » y los frailes son casi todos italianos. Conocidos son los nombres de los P. P. Massei, Remedi, Giannellini y otros, que han contribuído al conocimiento y estudio de las lenguas de los indios del Chaco, con sus interesantes trabajos publicados.

Ese campanario, según reza la inscripción que se halla grabada en su base, es un homenaje del pueblo salteño á San Francisco en su séptimo centenario, 1882. En la ciudad de Santiago de Chile existe otra torre igual, á pesar de que los salteños dicen que ésta es más alta.

En una zona expuesta á los temblores como Salta, no deja de ser una imprudencia haber erigido una construcción de esta naturaleza.

Habiendo hecho esta objeción en Salta me fué contestada, entre la más olímpica de las sonrisas, con estas palabras: *Y entonces para qué nos serviría el Señor de los Milagros!*

Esta seguridad que da la fe religiosa, sería de desear que los hijos de Salta la tuvieran también en el éxito de sus empresas comerciales, pues es necesario que se preparen para conquistar con sus ricos productos los importantes mercados bolivianos, ahora que las gestiones que se tramitan para la construcción del ferrocarril que debe unir á las dos repúblicas, parece que harán de él una hermosa realidad.

En una pequeña plazoleta, y mirando hacia el histórico campo de batalla, se eleva la modesta estatua del general Belgrano, obra de un artista argentino, Cafferata, desgraciadamente arrebatado á la vida en lo mejor de su carrera.

Esta estatua sencilla y modesta, colocada allá, sugiere gratísimas reflexiones.

Belgrano, militar por puro patriotismo, es la figura histórica que sintetiza mejor el alma argentina.

Su conducta después de la batalla del campo de Castaños, tan criticada por los que no han visto en ella, más que sus efectos inmediatos, no pudo ser más grande, más noble, ni más transcendental.

Sobre ese campo, donde los soldados de la libertad habían peleado por primera vez, á la sombra de una bandera que ya les daba derecho de llamarse argentinos, Belgrano, creador de ese símbolo y vencedor, ofreció honrosa capitulación al general vencido, á quien estrechó en un franco y leal brazo, y en una fosa común depositó á los muertos, levantando sobre la tierra que los cubría, el símbolo cristiano, en cuyos negros brazos abiertos, las nuevas generaciones pudimos leer, como una enseñanza y como una aspiración de su alma grande y pura: *¡Aquí yacen vencidos y vencedores!*

El alma del héroe flota todavía en nosotros ochenta años después.

Hoy, fuertes ya en nuestro derecho, abrimos los brazos á todos los habitantes del mundo civilizado, fraternizamos con todas las naciones, las acompañamos en sus grandes dolores, y, para que no quede rastro amargo del pasado, enviamos á un grupo de nuestros hijos, en un barco que ostenta nuestra bandera, para que renueven en el corazón de la vieja metrópoli, el abrazo de Belgrano!

Julio, 1900.